

There are no translations available.

Autor: Joseph RATZINGER, teólogo

Hoy en día hay muchas razones opuestas para no permanecer en la Iglesia. Es tentador dar la espalda a la Iglesia no sólo a aquellos cuya fe parece demasiado retrógrada, demasiado medieval, demasiado hostil al mundo y a la vida, sino también a aquellos que han amado la imagen histórica de la Iglesia, su liturgia, su independencia de modas pasajeras, el reflejo de lo eterno visible en su rostro. Tienen la impresión de que la Iglesia está a punto de traicionar su especificidad, para venderse a la moda de la época y así perder su alma. Están tan desilusionados como el amante traicionado y por lo tanto piensan seriamente en darle la espalda.

Por otro lado, también hay razones contradictorias para permanecer en la Iglesia.

Quedan no sólo los que creen firmemente en su misión o que no quieren abandonar una vieja y querida costumbre aunque hagan poco uso de ella, sino sobre todo y especialmente los que rechazan toda su realidad histórica y luchan abiertamente contra los contenidos que sus ministros pretenden dar y conservar. Aunque quieren eliminar lo que la Iglesia fue y es, no intentan salir de ella, porque esperan transformarla en lo que creen que debe ser.

1- Reflexiones preliminares sobre la situación de la Iglesia.

Confusión.

La Iglesia se encuentra en una situación de confusión, en la que las razones a favor y en contra no sólo se mezclan de la forma más extraña, sino que parece imposible llegar a un entendimiento. La desconfianza reina sobre todo porque la permanencia en la Iglesia ya no tiene el carácter claro e inequívoco que alguna vez tuvo y nadie cree en la sinceridad de los demás.

Las esperanzadoras palabras de Romano Guardini de 1921 - "un evento de gran importancia ha comenzado: la Iglesia está despertando en las almas" - parecen anacrónicas. Hoy, por el contrario, la frase debería cambiarse a: "un evento de gran importancia ha comenzado: la Iglesia se está cerrando en las almas y desintegrando en las comunidades". En medio de un mundo que tiende a la unidad, la Iglesia se dispersa en resentimientos nacionalistas, en la exaltación de lo que es suyo y en la denigración de lo que no lo es. Entre los defensores del laicismo y la reacción de los que están demasiado apegados al pasado y al exterior, entre el desprecio de la tradición y la fidelidad exagerada a la letra, no parece haber posibilidad de equilibrio; la opinión pública asigna inexorablemente a cada uno su lugar; necesita posiciones claras y precisas y no puede albergar ningún tipo de matiz: los que no están a favor del progreso están en contra; o son conservadores o progresistas.

Gracias a Dios, la realidad es diferente: entre estos dos extremos hay también hoy creyentes silenciosos y casi sin voz, que con toda sencillez llevan a cabo la verdadera misión de la Iglesia incluso en este momento de confusión: la adoración y la paciencia en la vida cotidiana, la palabra de Dios. Pero en la imagen que se tiene de la Iglesia éstas no tienen cabida; esa verdadera Iglesia no es visible, sino que está profundamente oculta por las maniobras de los hombres.

Esto da una primera indicación del contexto en el que surge la pregunta: ¿por qué permanezco en la Iglesia?

Para dar una respuesta adecuada debemos analizar primero ese contexto, en el que la palabra "hoy" entra de lleno en el tema, y luego profundizar en las razones de la situación actual.

¿Cómo fue posible llegar a una situación tan extraña y confusa cuando se esperaba un nuevo Pentecostés? ¿Cómo es posible que justo cuando el Consejo parecía cosechar los frutos maduros de las últimas décadas, esta plenitud de repente dio paso a un vacío desconcertante? ¿Qué pasó para que la desintegración surgiera del gran impulso hacia la unidad?

Me gustaría tratar de responder a esta pregunta mediante una comparación que pueda ayudarnos a descubrir cuál es nuestra tarea y, al mismo tiempo, dar una idea de las razones por las que un sí o un no es posible.

Parece que en nuestro esfuerzo por alcanzar un entendimiento de la Iglesia, siguiendo los pasos del Concilio que tanto luchó por ella, nos hemos acercado tanto a la Iglesia que ya no somos capaces de verla como un todo; como si los primeros edificios nos impidieran ver la ciudad y los primeros árboles nos impidieran abarcar todo el bosque. La situación a la que la ciencia nos ha llevado con respecto a muchos aspectos de la realidad se repite ahora con la Iglesia. Vemos los detalles tan de cerca y meticulosamente que no podemos contemplar todo el asunto. Lo que hemos ganado en precisión lo hemos perdido en verdad.

Cuando miramos un trozo de un árbol bajo el microscopio, lo que vemos es indudablemente exacto, pero la verdad podría quedar oculta si olvidamos que un detalle no es sólo un detalle, sino que existe en un todo, lo cual, aunque no sea visible bajo el microscopio, es igualmente cierto, incluso más verdadero que el detalle tomado en forma aislada.

Reformas.

Pero dejemos de lado las comparaciones. La perspectiva contemporánea ha determinado nuestra visión de la Iglesia, tanto que hoy en día vemos a la Iglesia prácticamente sólo desde el punto de vista de la eficacia, preocupados por descubrir lo que podemos hacer con ella. Los prolongados esfuerzos para reformar la Iglesia nos han hecho olvidar todo lo demás.

Para nosotros hoy en día no es más que una organización que puede ser transformada, y nuestro gran problema es determinar qué cambios la harán "más eficaz" para los objetivos particulares que cada uno propone.

Poniendo las cosas de esta manera, el concepto de reforma ha sufrido una profunda degeneración en la conciencia colectiva, privándola de su núcleo. La reforma, en efecto, en su significado original, es un proceso espiritual, totalmente cercano al cambio de vida y a la conversión, que entra de lleno en el corazón del fenómeno cristiano: sólo a través de la conversión se llega a ser cristiano; esto se aplica tanto a la propia vida como a la historia de toda la Iglesia. Vive como Iglesia en la medida en que renueva sin cesar su conversión al Señor, evitando encerrarse en sí misma y en sus costumbres más queridas, tan fácilmente contrarias a la verdad.

Cuando la Reforma se desarraiga de este contexto, del esfuerzo y del deseo de conversión, cuando se espera la salvación sólo del cambio de los demás, de la transformación de las estructuras, de las formas siempre nuevas de adaptación a los tiempos, tal vez se logre por el momento una cierta utilidad inmediata, pero en conjunto la Reforma se convierte en una caricatura de sí misma, capaz de cambiar sólo las realidades secundarias y menos importantes de la Iglesia.

No es sorprendente, por lo tanto, que la Iglesia misma aparezca al final como algo secundario. Todo esto nos ayuda a comprender la paradoja que surge de los intentos de renovación característicos de nuestra época: los esfuerzos por suavizar la rigidez de las estructuras, por corregir las formas del aparato eclesiástico originado en la Edad Media o, más aún, en los tiempos del absolutismo, por liberar a la Iglesia de tales interferencias y por permitirle servir de manera más sencilla y conforme al espíritu del Evangelio, han conducido de hecho a una sobrevaloración del elemento institucional de la Iglesia que no tiene precedentes en su historia.

Las instituciones y los aparatos eclesiásticos son ciertamente objeto de una crítica más radical que nunca, pero también absorben la atención con una exclusividad más acentuada que antes, tanto que para muchos la Iglesia se reduce a esta realidad institucional. La cuestión de la Iglesia se plantea en términos de organización. No se desea que un mecanismo tan bien organizado no tenga éxito, pero en muchos aspectos se considera inadecuado para lograr los objetivos que se le asignan.

Detrás de todo esto está el problema central de la crisis de la fe. Con su rango de acción la Iglesia ejerce su influencia sociológicamente fuera del círculo de sus fieles, y la institucionalización de esta falsa situación la aleja profundamente de su verdadera naturaleza. La publicidad derivada del Concilio y la perspectiva de un posible acercamiento entre creyentes y no creyentes, que ha dado fatalmente la impresión de la realidad, ha radicalizado esta alienación hasta el extremo.

Muchas veces el Concilio también fue aplaudido por aquellos que no deseaban convertirse en creyentes en el sentido de la tradición cristiana, pero que acogieron este "progreso" de la Iglesia como una confirmación de sus propias elecciones y de los caminos que habían tomado.

Al mismo tiempo hay que reconocer que dentro de la Iglesia la fe ha entrado en una fase agitada de efervescencia. El problema de la mediación histórica coloca al antiguo credo bajo una luz incierta y ambigua, con lo cual las verdades pierden sus contornos; por otra parte, las objeciones de las ciencias naturales y más aún la concepción moderna del mundo animan este proceso. Los límites entre la interpretación y la negación de las principales verdades son cada vez más difíciles de reconocer.

Por ejemplo, ¿qué significa realmente "resucitado de entre los muertos"? ¿Quiénes son los que creen, interpretan o niegan? Y a medida que se discuten los límites de la interpretación, el rostro de Dios se vuelve más y más borroso. La "muerte de Dios" es un proceso completamente real, que se instala hoy en día en el corazón mismo de la Iglesia. Parece que Dios muere en el cristianismo. De hecho, cuando la Resurrección pasa de ser un evento de una misión vívida a una imagen obsoleta, Dios ya no actúa. Pero, ¿Dios realmente actúa? Esta es la pregunta que surge inmediatamente. ¿Pero puede haber alguien tan reaccionario como para aceptar literalmente la declaración "ha resucitado"?

De esta manera, lo que para uno es sólo progreso, para otro es incredulidad y lo que antes era inconcebible, hoy es algo normal; las personas que hace mucho tiempo habían abandonado el credo de la Iglesia, se consideran de buena fe como auténticos cristianos progresistas. Según ellos, el único criterio para juzgar a la Iglesia es su eficiencia.

Sin embargo, lo que queda por establecer es cuál es su verdadera eficacia y con qué fines debe utilizarse: ¿para criticar a la sociedad, para ayudar al desarrollo, para fomentar la revolución, o tal vez para celebraciones comunitarias? En cualquier caso debemos partir de los fundamentos, porque inicialmente la Iglesia no fue diseñada para esto y de hecho en su forma actual no está preparada para estos objetivos.

Y así la incomodidad aumenta tanto en los creyentes como en los no creyentes. El derecho de ciudadanía que la incredulidad ha adquirido en la Iglesia hace que la situación sea cada vez más insoportable para ambos. Particularmente trágico es el hecho de que todo esto ha

colocado el programa de reforma en una ambigüedad extraordinaria y para muchos irresoluble.

Por supuesto, se puede objetar que no todo el paisaje se presenta con tales nubes negras. En los últimos años han surgido y madurado muchas realidades positivas que no es correcto callar: la nueva liturgia más accesible al pueblo, sensibilidad a los problemas sociales, mejor comprensión entre los cristianos separados, menos temor a una falsa concepción literal de la fe y muchas otras cosas.

Esto es ciertamente cierto y no puede ser minimizado; pero no refleja exactamente la atmósfera general de la Iglesia. Por el contrario, todo esto también se ha visto afectado por la ambigüedad debido a la desaparición de los límites precisos entre la fe y la incredulidad. Sólo al principio parecía que la consecuencia de esta desaparición podía considerarse como algo liberador. Hoy está claro que de tal proceso, a pesar de todos los signos de esperanza, en lugar de una Iglesia moderna, ha surgido una profundamente desgarrada y problemática.

Debemos admitirlo sin restricciones: El Vaticano I había descrito a la Iglesia como el *signum levatum* de las naciones, como el estandarte escatológico visible desde lejos que convocaba y reunía a los hombres. Según el Concilio de 1870, era la señal que esperaba Isaías (11:12), la señal que incluso desde lejos todo el mundo podía reconocer y que indicaba claramente todo el camino a seguir. Con su maravillosa propagación, su eminente santidad, su fecundidad para todo lo bueno y su profunda estabilidad, representó el verdadero milagro del cristianismo, la mejor prueba de su credibilidad ante la historia (1).

Hoy en día parece que lo contrario es cierto: no una comunidad maravillosamente extendida, sino una asociación estancada, que no ha logrado trascender las fronteras del espíritu europeo y medieval; ya no una profunda santidad, sino un conjunto de debilidades humanas, una historia vergonzosa y humillante, en la que no han faltado escándalos, desde la persecución de herejes y juicios de brujas, desde la persecución de judíos y el servilismo de las conciencias hasta el autodogma y la resistencia a las pruebas científicas, de modo que los que pertenecen a esa historia sólo pueden cubrirse el rostro de forma vergonzosa; en conclusión, ya no una estabilidad indestructible, sino la condescendencia hacia todas las corrientes de la historia, hacia el colonialismo, el nacionalismo y recientemente los intentos de hacer la paz con el marxismo e incluso de identificarse con él...

De esta manera la Iglesia ya no aparece como el signo que invita a la fe, sino como el principal obstáculo para su aceptación. Da la impresión de que la verdadera teología consiste sólo en

eliminar las predicaciones teológicas de la Iglesia, para considerarla y tratarla desde un punto de vista puramente político. Ya no se ve como una realidad de fe, sino como una organización puramente casual e inaccesible de creyentes, que debe ser remodelada lo antes posible según los criterios más modernos de la sociología.

"La confianza es buena, el control es mejor", tal es el lema que después de tantas decepciones se prefiere adoptar en relación con la estructura eclesiástica. El principio sacramental ya no es suficientemente claro, sólo el control democrático parece digno de fe (2): en resumen, el Espíritu Santo es totalmente inefable. Los que no temen mirar al pasado saben bien que las humillaciones de la historia derivan precisamente del hecho de que en un momento dado el hombre pensó que debía asumir todo el poder y considerar como única realidad verdadera sólo sus propias empresas.

2- La naturaleza de la Iglesia simbolizada en una imagen

Una Iglesia que, contra toda su historia y naturaleza, es considerada sólo desde un punto de vista político, no tiene sentido y la decisión de permanecer allí, si es puramente política, no es justa, aunque se presente como tal. Dada la situación actual, ¿cómo se puede justificar el permanecer en la Iglesia? En otras palabras: la opción de la Iglesia, para tener sentido, debe ser espiritual, pero ¿en qué puede basarse una opción espiritual?

Me gustaría dar una respuesta inicial usando una imagen y luego volver a los términos que usamos al principio para describir la situación. Hemos dicho que en nuestros estudios nos hemos acercado tanto a la Iglesia que no podemos verla como un todo. Profundizaremos en este pensamiento tomando una imagen con la que los Padres nutrieron su meditación simbólica sobre el mundo y la Iglesia. Los Padres dijeron que en el mundo cósmico la luna era la imagen de lo que la Iglesia representaba para la salvación del mundo espiritual.

Retomaron así un antiguo simbolismo constantemente presente en la historia de las religiones -los Padres nunca hablaron de "teología de las religiones", pero lo pusieron en práctica concretamente- en el que la luna era el símbolo de la fertilidad y la fragilidad, de la muerte y la transitoriedad de las cosas, pero también de la esperanza en el renacimiento y la resurrección, era la imagen "patética y a la vez consoladora" (3) de la existencia humana.

El simbolismo lunar y telúrico se mezclan a menudo. Con su transitividad y su reaparición, la luna representa el mundo de los hombres, el mundo terrestre caracterizado por su necesidad de recibir y su miseria, y que obtiene su fertilidad de otro, es decir, del sol. De esta manera el simbolismo se convierte en un símbolo del hombre y de la naturaleza humana, como se manifiesta en la mujer que concibe y es fértil en virtud de la semilla que recibe.

Los Padres aplicaron el simbolismo de la luna a la Iglesia principalmente por dos razones: por la relación entre la luna y la mujer (madre) y por el hecho de que la luna no tiene luz propia, sino que la recibe del sol, sin la cual sería una completa oscuridad. La luna brilla, pero su luz no es propia, sino de otra persona (4). Es oscuro y claro al mismo tiempo. Aunque es la propia oscuridad, da luz en virtud de otra de la que refleja la luz.

Precisamente por esta razón simboliza la Iglesia, que brilla aunque esté oscura en sí misma; no es brillante en virtud de su luz, sino en virtud del verdadero sol, Jesucristo, de modo que siendo sólo tierra -la luna es también sólo otra tierra- es capaz de iluminar la noche de nuestra lejanía de Dios: "la luna cuenta el misterio de Cristo" (5).

Pero no debemos forzar los símbolos; su eficacia reside en su inmediatez plástica que no puede enmarcarse en esquemas lógicos. Sin embargo, en esta época de viajes lunares, parece espontáneo profundizar en esta comparación que, al comparar el pensamiento físico con el simbólico, pone de relieve nuestra situación específica mejor que la realidad de la Iglesia. La sonda lunar y los astronautas descubren la luna sólo como una estepa rocosa y desértica, como montañas y arena, no como luz. Y de hecho la Luna es en sí misma y en sí misma sólo desierto, arena y rocas. Sin embargo, aunque no provenga de ella, de otra y en función de otra, también es ligera y como tal permanece incluso en el tiempo de los vuelos espaciales. Es lo que no es en sí mismo. Pero este otro, que no es en sí mismo, es también su realidad. Hay una verdad física y una verdad simbólico-poética que no se excluyen mutuamente.

Este es el momento de hacer la pregunta: ¿no es esta una imagen exacta de la Iglesia? Quien la explore y la excave con la sonda, como la luna, descubrirá sólo desierto, arena y piedras, las

debilidades del hombre y su historia a través del polvo, los desiertos y las montañas. Todo esto es suyo, pero su realidad específica aún no está representada. El hecho decisivo es que, aunque sólo sea arena y rocas, es también luz en virtud de otra, del Señor: lo que no es suyo es realmente suyo, su realidad más profunda, en efecto su naturaleza es precisamente la de no valer por sí misma sino sólo por lo que no es suyo; existe en una continua no-propiedad; tiene una luz que no es suya y sin embargo constituye toda su esencia. Es la luna -mysterium luna- y como tal es de interés para los creyentes porque precisamente de esta manera requiere una constante elección espiritual.

Puesto que el significado contenido en esta imagen me parece de importancia decisiva, antes de traducirlo en declaraciones de principio, prefiero aclararlo con otra observación.

Después del uso de la lengua propia en la liturgia de la misa, antes de la última reforma, siempre encontré una dificultad con un texto que me pareció esclarecedor para lo que estamos tratando. En la traducción del *suscipiat* dice: "Que el Señor reciba este sacrificio de tus manos... para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia". Siempre he tenido la tentación de decir "y la de toda nuestra santa Iglesia".

Todo el problema y el cambio que se produjo en este último período reaparece aquí. En lugar de "su" Iglesia hemos puesto la nuestra, y con ella miles de iglesias, cada una propia. Las iglesias se han convertido en nuestros negocios, de los que estamos orgullosos o avergonzados, pequeñas e innumerables propiedades privadas, una al lado de la otra, iglesias que son sólo nuestras, nuestro trabajo y nuestra propiedad, que mantenemos o transformamos a nuestro gusto. Detrás de "nuestra Iglesia" o incluso "su Iglesia", "su Iglesia" ha desaparecido. Pero esta es la única que realmente importa; si ya no existe, "nuestra" Iglesia también debe desaparecer. Si fuera sólo nuestra, la Iglesia sería un castillo en la arena.

3- ¿Por qué me quedo en la Iglesia?

Implícita en esto está la respuesta a la pregunta que nos hicimos al principio: Estoy en la Iglesia porque creo que hoy, como ayer, e independientemente de nosotros, detrás de "nuestra Iglesia" vive "su Iglesia" y no puedo estar cerca de él si no permanezco en su Iglesia. Estoy en la Iglesia porque a pesar de todo creo que no es fundamentalmente nuestra sino "suya".

I-NO-SI:

En términos muy concretos: es la Iglesia la que, a pesar de todas las debilidades humanas que existen en ella, nos da a Jesucristo; sólo a través de ella puedo recibirlo como una realidad viva y poderosa que me desafía aquí y ahora.

Henri De Lubac expresó esta verdad de esta manera: "Incluso aquellos que la desprecian (la Iglesia), si todavía admiten a Jesús, ¿saben de quién lo reciben? ...Jesús está vivo para nosotros. Pero en medio de qué arenas movedizas se perdería su memoria y su nombre, su influencia viva, la acción de su Evangelio y la fe en su persona divina, sin la continuidad visible de su Iglesia...". Sin la Iglesia, Cristo se evapora, se desmorona, se aniquila. ¿Y qué sería de la humanidad si se le privara de Cristo?" (6)

El primer y más básico principio que debemos establecer es que cualquiera que sea el grado de infidelidad de la Iglesia, así como es cierto que la Iglesia tiene una continua necesidad de confrontarse con Cristo, también es cierto que no hay un contraste decisivo entre Cristo y la Iglesia. A través de la Iglesia, Él, superando las distancias de la historia, se hace vivo, nos habla y permanece entre nosotros como maestro y Señor, como un hermano que nos reúne en fraternidad. Al darnos a Jesucristo, al hacerlo vivo y presente entre nosotros, al regenerarlo continuamente en la fe y la oración de los hombres, la Iglesia da a la humanidad una luz, un apoyo y una norma sin la cual no podríamos entender el mundo. Los que desean la presencia de Cristo en la humanidad no pueden encontrarla contra la Iglesia, sino sólo en ella.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que si estoy en la Iglesia es por las mismas razones, porque soy cristiano. Uno no puede creer solo. La fe sólo es posible en comunión con otros creyentes. La fe, por su propia naturaleza, es una fuerza que une. Su verdadero modelo es la realidad de Pentecostés, el milagro de la comprensión que se establece entre hombres de

orígenes e historia diferentes. Esta fe o es eclesial o no lo es.

Además, así como no se puede creer solo, sino sólo en comunión con los demás, tampoco se puede tener fe por iniciativa o invención propia, sino sólo si hay alguien que me comunique esta capacidad, que no está en mi poder sino que me precede y me trasciende. Una fe que fuera fruto de mi invención sería una contradicción de términos, porque sólo podría decirme y garantizarme lo que ya soy y sé, pero nunca podría ir más allá de los límites de mi ego. Por eso una Iglesia, una comunidad hecha a sí misma, fundada sólo en la gracia misma, sería una contradicción en los términos. La fe exige una comunidad que sea poderosa y superior a mí y no mi creación o el instrumento de mis deseos.

Todo esto también puede formularse desde un punto de vista más histórico: o bien Jesús era un ser superior al hombre, dotado de un poder que no era fruto de su voluntad, pero capaz de extenderse a lo largo de los siglos, o bien no tenía tal poder y por lo tanto no podía legarlo a otros. En ese caso yo sería el árbitro de mis reconstrucciones mentales y él no sería más que un gran fundador, haciéndose presente a través de un pensamiento renovado. Si Jesús es algo más, no depende de mis reconstrucciones mentales, pero su poder sigue siendo válido hoy en día.

Pero volvamos al pensamiento anterior según el cual uno puede ser cristiano sólo dentro de la Iglesia, no fuera y no al lado de ella. No temamos plantearnos con toda objetividad esta dolorosa pregunta: ¿qué sería del mundo sin Cristo, sin un Dios que habla y se manifiesta, que conoce al hombre y que el hombre puede conocer?

La respuesta la dan claramente y con gran tenacidad aquellos que con gran tenacidad buscan construir un mundo sin Dios de manera efectiva. Sus esfuerzos se reducen a un experimento absurdo, sin perspectivas y sin criterios de actuación. Aunque en su larga historia el cristianismo ha fracasado concretamente -y siempre ha fracasado de manera desconcertante- en la proclamación del mensaje que contiene, nunca ha dejado de proclamar los criterios de justicia y amor, a menudo contra la propia Iglesia y nunca sin el poder secreto que se deposita en ella.

En otras palabras: permanezco en la Iglesia porque creo que la fe, alcanzable sólo en ella y nunca contra ella, es una verdadera necesidad para el hombre y el mundo. El mundo vive por la fe, incluso cuando no la comparte. De hecho, donde ya no hay Dios - y un Dios que calla no es Dios - ni siquiera hay verdad, que es anterior al mundo y al hombre. Pero en un mundo sin

verdad no se puede vivir mucho tiempo. Donde se renuncia a la verdad, se continúa viviendo porque la verdad no se ha extinguido completamente, así como la luz del sol continúa brillando por algún tiempo antes de que la noche cerrada cubra el mundo.

2. Intentos fallidos

El mismo pensamiento puede expresarse de otra manera: permanezco en la Iglesia porque sólo la fe de la Iglesia salva al hombre. Puede sonar muy tradicional, dogmático y poco realista, pero en cambio es totalmente objetivo y realista. En nuestro mundo lleno de inhibiciones y frustraciones el deseo de salvación ha reaparecido en toda su vehemencia primordial. Los esfuerzos de Freud y C.G. Jung no son más que intentos de salvar a los que no se sienten redimidos.

Partiendo de otras premisas, Marcuse, Adorno, Habermas, continúan buscando y anunciando la salvación a su manera. El problema de Marx es también fundamentalmente un problema de salvación. Cuanto más libre, más brillante y más poderoso se vuelve el hombre, más le atormentará el deseo de salvación y más se esclavizará. Marx, Freud, Marcuse, todos tienen en común la búsqueda de la salvación, la aspiración a un mundo sin dolor, enfermedad y miseria.

El gran ideal de nuestra generación es una sociedad libre de tiranía, dolor e injusticia; esto es lo que indican las turbulentas explosiones de los jóvenes y el resentimiento de los viejos cuando ven que la tiranía, la injusticia y el dolor continúan como siempre. La lucha contra el dolor y la injusticia nace de un impulso fundamentalmente cristiano, pero pensar que a través de las reformas sociales y la eliminación de la dominación y el sistema legal se puede lograr un mundo libre de dolor aquí y ahora es una doctrina errónea, profundamente ignorante de la naturaleza humana.

En este mundo el dolor no se deriva sólo de la desigualdad de la riqueza y el poder. El sufrimiento no es la única carga que el hombre debe descargar de sus hombros. Quienes piensan así deben refugiarse en el mundo ilusorio de las drogas, para luego encontrarse más deprimidos, en contraste con la realidad. Sólo soportándose a sí mismo y liberándose de la

tiranía de su egoísmo, el hombre se encuentra a sí mismo, su verdad, su alegría y su felicidad.

La crisis de nuestro tiempo depende sobre todo de que se nos haga creer que es posible llegar a ser hombres sin autocontrol, sin la paciencia de la renuncia y el cansancio de la superación, que no es necesario el sacrificio de cumplir los compromisos, ni el esfuerzo de sufrir con paciencia la tensión de lo que uno debe ser y lo que realmente es.

Un hombre que es privado de todo esfuerzo y transportado a la tierra prometida de sus sueños pierde su autenticidad y su autoestima. En realidad, el hombre se salva sólo a través de la cruz y la aceptación de sus propios sufrimientos y los sufrimientos del mundo, que encuentran su significado liberador en la pasión de Dios. Sólo así el hombre será libre. Todas las demás ofertas a mejor precio están destinadas a fracasar. La esperanza del cristianismo y el destino de la fe dependen de algo muy simple, de su capacidad para decir la verdad. El destino de la fe es el destino de la verdad; puede ser oscurecida y pisoteada, pero nunca destruida.

Hemos llegado al último punto. Un hombre ve sólo mientras ama. Ciertamente también está la clarividencia de la negación y el odio. Pero sólo pueden ver lo que está a su alcance, es decir, lo que es negativo. Sin duda pueden preservar el amor de una ceguera que les hace olvidar sus límites y los peligros que corre, pero son incapaces de construir algo positivo. Sin una cierta cantidad de amor no se puede encontrar nada.

Aquellos que no se comprometen un poco con la experiencia de la fe y la experiencia de la Iglesia y no se arriesgan a mirarla con ojos de amor, no descubrirán más que decepciones. El riesgo del amor es un prerrequisito para llegar a la fe. Quien se atreve a arriesgar no necesita ocultar ninguna de las debilidades de la Iglesia, porque descubre que la Iglesia no se reduce sólo a ellas; descubre que, junto a la historia de los escándalos, existe también la historia de una fe fuerte e intrépida, que ha dado frutos a lo largo de los siglos en grandes figuras como Agustín, Francisco de Asís, el dominico Bartolomé de las Casas con su apasionada lucha por los indios, Vincenzo de Paoli, Juan XXIII.

Los que se enfrentan a este riesgo de amor descubren que la Iglesia ha proyectado tal rayo de luz en la historia que no puede ser extinguido. Incluso la belleza que nace bajo el impulso de su mensaje, y que vemos expresada aún hoy en incomparables obras de arte, se convierte para él en un testimonio de la verdad: lo que se traduce en tan nobles expresiones no puede ser sólo oscuridad.

La belleza de las grandes catedrales, la belleza de la música nacida del calor de la fe, la magnificencia de la liturgia eclesial, sobre todo la realidad de la fiesta que uno solo no puede hacer sino acoger (7), la organización del año litúrgico, en el que el ayer y el hoy, el tiempo y la eternidad, se funden en un todo, todas estas cosas no son, en mi opinión, algo aleatorio. La belleza es el resplandor de la verdad, dijo Tomás de Aquino, y podríamos añadir que la ofensa a la belleza es la auto-ironía de la verdad perdida. Las expresiones en las que la fe ha podido darse a sí misma en el curso de la historia son testimonio y confirmación de su verdad.

Sin embargo, me gustaría añadir una observación, aunque pueda parecer muy subjetiva. Si uno mantiene los ojos abiertos, también puede encontrar gente hoy en día que es un testigo vivo de la fuerza liberadora de la fe cristiana. Y no hay que avergonzarse de ser y permanecer cristiano en virtud de estas personas que, viviendo un cristianismo auténtico, lo hacen digno de fe y amor.

En última instancia, el hombre es víctima de una ilusión cuando trata de hacerse una especie de sujeto trascendental que considera válido sólo lo que no es fortuito. Es ciertamente un deber reflexionar sobre tales experiencias, examinar su grado de responsabilidad, purificarlas y darles una nueva plenitud. Pero en el curso de este necesario proceso de objetivación, ¿no constituye una prueba relevante de ello el hecho de que el cristianismo hace a las personas más humanas en el mismo momento en que las une a Dios? ¿No es este elemento subjetivo también un hecho objetivo del que no deberíamos avergonzarnos ante nadie?

Concluamos con un último pensamiento. Cuando, como aquí, se dice que sin amor no se puede ver y por lo tanto para conocer a la Iglesia también es necesario amarla, mucha gente se inquieta. ¿No es el amor lo contrario de la crítica? ¿No es ésta la excusa a la que recurren de buena gana quienes tienen el poder en sus manos para eliminar las críticas y mantener la situación de hecho a su favor? ¿Se presta ayuda a las personas tratando de tranquilizarlas y aliviar la realidad, o tal vez interviniendo en su favor contra las injusticias habituales o contra el dominio de las estructuras? Estos son ciertamente temas muy importantes, pero no podemos abordarlos ahora. Una cosa es cierta, sin embargo, que el amor no es estático o sin crítica. La única posibilidad de cambiar a un hombre de forma positiva es amarlo, transformándolo lentamente de lo que es a lo que puede ser. ¿Sucederá de forma diferente con la Iglesia?

Basta con mirar la historia reciente: durante la renovación litúrgica y teológica de la primera mitad de este siglo, ha madurado un verdadero movimiento de reforma que ha llevado a

transformaciones positivas. Esto fue posible sólo porque surgieron personas con el don del discernimiento, que amaban a la Iglesia con un corazón atento y vigilante, con un espíritu crítico, y estaban dispuestas a sufrir por ella. Si no podemos lograr nada hoy, es porque estamos demasiado ocupados afirmando sólo a nosotros mismos. No valdría la pena quedarse en una Iglesia que, para ser acogedora y digna de ser habitada, necesita ser hecha por nosotros; sería una contradicción de términos.

Permanecer en la Iglesia porque ella misma es digna de permanecer en el mundo, digna de ser amada y transformada por el amor en lo que debe ser, es el camino que aún hoy nos enseña la responsabilidad de la fe.